

Martín logra sacar uno de los radiadores antes que el fuego comience a hacer explotar las minas dentro del equipo y tengan que apurarse: dos sanitarios y varios soldados llegan corriendo con extinguidores.

Por un momento Inclán y Patricio se quedan en silencio uno junto al otro.

—Político, dile a la gente nueva... —repite en voz baja.

—Ya está dicho.

Inclán va hacia el jeep y pide comunicación con la columna del jefe del frente, que ya cruza por el puente a medio volar. Mientras habla no aparta la vista del blindado que sigue avanzando como una antorcha.

—Ese que usted sacó era como un hermano del comandante; desde la guerra en Cuba —la dice el político.

Entonces Martín reparó en el pequeño hombre, blanco en canas, que hablaba pausado, encendiendo un minúsculo cabo de tabaco. —Vamos hacia esa unidad que usted dice que trajo —agrega.

El ruido del combate se iba alejando. Caminaron sin tomar precaución alguna, salvando los cráteres de las granadas de la artillería y las minas, hacia donde Arcoche aguardaba con el pelotón de cubanos, la escuadra angolana y Madruga y Pierre.

—Mejor es que espere al jefe de frente, pero vamos a llegarlos hasta allá; de todas maneras tengo que ir. Ya a esto aquí le queda poco. Faltó Luis, pero será mañana porque seguro vuelan el puente. Siempre lo vuelan. Como nosotros cuando tuvimos que retirarnos. Ahora nos toca avanzar y no vamos a parar hasta Zambia. ¿Sabe usted dónde queda? Yo tampoco, pero no vamos a parar hasta allá. Los dos son comandantes, pero Inclán es el jefe; están alterados por la de Caifuche; los dos son bravos.

—¿Caifuche?

—Nos mataron once hombres; remataron a los heridos y exhibieron sus cosas por los quimbos. Un pelotón de exploración que se alejó demasiado y se atascó, en lugar de regresar como se le había ordenado. Allí mismo los enterramos. Yo mismo los enterré e hice el croquis de dónde están para poder sacarlos dentro de dos años. Es una suerte que hayamos recuperado todos los cadáveres. Con sus chapillas. Y es extraño porque los sudafricanos pagan en dólares las chapillas de cubanos. Hubo que enterrarlos en montes de nylon. Cada uno con su chapilla en la boca para facilitar la identificación después.

Durante un rato caminaron en silencio; luego el político se detuvo. —Permitame presentarme: Antonio Bustillo, de Cárdenas; de la Textilera de Cárdenas; desde noviembre estoy aquí.

—Orlando Martín, del tecnológico de Río Frio, cerca de Guantánamo.